



que, dice mi madre porque cuando todo se le viene a uno abajo lo único a que puede recurrir, en lo único que puede refugiarse o encontrar apoyo es en la madre, debiera, tan bien traída la cosa y tan sin buscarla “que como caída del cielo” Manolita me lo ha puesto en bandeja, yo aprovechar para “darle un toque a ese amigo tuyo” y, añade, en tono despectivo, “el escritor” como si tuviera yo una legión de amigos y pudiera pensar que me está hablando del astronauta o el torero o el arqueólogo tan afamados, quizás, todos, pero amigos de otro más aventurero, más bohemio o esperanzado en un Dios proveerá que yo que, por no disgustarla, y a mi padre tampoco, no esperé a que proveyera tan centrada toda mi atención en aprenderme el temario de las oposiciones que, sí, las saqué, pero... ¿soy feliz?

No tengo tiempo de pararme a analizarlo porque mi madre sigue dando instrucciones de “en cuanto le veas, díselo hazme caso tal y como te lo estoy diciendo que tú no tienes nada que a quién habrás salido de mano izquierda”, como quien no quiere la cosa...

– Pero, don Sergio — Ramírez, pienso llevado de la costumbre; pero caigo en la cuenta de inmediato de que el que me llama así es Gutiérrez —, usted, dígame a sí mismo la verdad, que no va a enterarse nadie, ¿quiere la cosa o no la quiere?

Continuará